

Y fué tan tremendo el choque,
 Que Ochoa, jefe contrario,
 Se aturde y se descompone,
 Como cuando inquieta turba
 De chicos que no conocen
 De la pólvora el efecto,
 Incauta fuego le pone,
 Y al ver la explosion tremenda
 Se ciega, se espanta y corre.
 Consumaron la derrota
 Anaya y los dos Rayones,
 José María y Francisco,
 Que eran bravos guerreadores.
 Prosigue triunfal la marcha,
 Mas pasan dias y noches,
 Y á cada luz los combates
 Véense renovar feroces.
 Del hambre el mortal semblante
 Dejóse mirar entónces,
 Y la sed la sangre quema
 Con sus congojas atroces.
 Así sufriendo y luchando,
 Cual perseguidos leones,
 Se avanzan amenazantes
 Sin cansancio ni desórdên.
 Como tentacion terrible
 Apareciéndose Ponce,
 Que con el miedo en el alma

A que combatan se opone,
 Temiendo que el desaliento
 La faz pavorosa asome.
 Rayon señala la hacienda
 De San Eustaquio; alegróse,
 Y prorumpe: "agua y descanso
 "Tienen allí, hasta que sobre,
 "Nuestros fieros enemigos
 "Los verdugos españoles."
 El Comandante Larrainzar
 A resistir aprestóse;
 Pero el hambre se adelanta,
 La sed empuña los guiones,
 Y Rayon incontrastable
 De la hacienda apoderóse;
 Y fué el festin; el contento
 Derramó sus resplandores,
 Y la divina esperanza,
 Sobre pedestal de bronce,
 Coronada de laureles
 Dominaba el horizonte.
 Pero habia un punto negro,
 Y era don Luciano Ponce,
 Que aislándose, traicionero
 De aquel campo retiróse,
 Desertando á sus banderas
 Con oprobio de su nombre

Y que con tanta fuerza
Corriendo que el desahogado
La faz parca se asoma
Rayos señala la hacienda
De san Esteban; liberos
Y promueves tanta y descansa
Tanto allí hasta que sobre
Y restan los amigos
Las venturas españolas
El Comandante Luján
A resaca apuradas
Pero el tanto se adelanta
A sed empina los raudales
Y hayon un conturbado
De la hacienda apolida
Y los el festin; el conato
Durante sus espaldas
Y la divina esperanza
Sobre pedales de bronce
Coranda de la vida
Dormida el horizonte
Los raudales un punto negro
Y en don se labo el arco
Que alisando frías raras
De aquel campo retinas
Desatando a sus plumas
Con opulencia de su imperio

ROMANCE DEL P. ANTONIO TORRES.

I

Como impetuoso torrente
Que árboles y peñas rueda,
Y al precipitar sus aguas
En una barranca, deja
En sus bordes gruesos troncos
Y desordenadas piedras,
Y cuando pasa el torrente
Sobre su lecho de arena,
Se quedan como viviendo
Los despojos que lo pueblan,
Así contempla el viajero
La ciudad de Zacatecas,
Viendo que raudales forman
Las casas y las iglesias,
Y remolinos las calles,
Y laberinto las cercas.

Suele á veces entre rocas
 Sospecharse una arboleda,
 Y artificiales jardines
 Ciñendo á las azoteas.
 El todo es árido y triste,
 Como enfermiza la tierra,
 Como oculta tras el monte
 Que con majestad excelsa
 Deja que las nubes formen
 A los peñascos cimera.
 Y esa desnudez horrible,
 Y esa cubierta grosera,
 Es de una arca en que tesoros
 Encerró la Providencia,
 Y que cuasi desdeñosa,
 Grande y sin orgullo huella,
 Digna peana de sus héroes,
 Digno tapiz de sus bellas.
 Mas dejemos á la pluma,
 Y oigamos á la leyenda,
 Que entre las tropas de Torres
 Palpitante nos espera.

II

Tocan las fuerzas del héroe
 Los muros de Zacatecas;
 Rayon está en Guadalupe
 Con su estropeada reserva,

Y del sitiador caudillo
 Confiado el asalto acecha.
 Cuando era mayor su alarma,
 Cuando era más su impaciencia,
 Al comenzar de la noche
 Veloz mensajero llega
 Con un papel en que Torres
 Dice con su misma letra:
 "Auxilio, víveres, pronto,
 "Que peligra Zacatecas."
 "Tomad los del enemigo"
 Rayon pone en la cubierta,
 Y previene al mensajero
 Que torne con tal respuesta.
 Torres, al mirar la carta,
 Tranquilo en su suerte piensa;
 Manda, dispone, combina,
 Y de tal modo se esfuerza,
 Que á un grito estalla el asalto,
 Se encarniza la pelea,
 Se abalanza á los cañones,
 Con ellos la lid empeña,
 Y brioso, altivo, contento
 Por victoria tan completa,
 Al sonar de las campanas
 Y del pueblo entre la fiesta,
 Escribe á Rayon sumiso:
 "Os aguarda Zacatecas:

" Encontré lo que buscaba,
 " Por indicaciones vuestras,
 " Y á más, fusiles, y barras
 " De plata más de quinientas."
 ¡Qué bravo era Antonio Torres!
 ¡Qué limpia su alma y qué buena!
 ¡Cómo eternizar sus glorias
 En mis romances quisiera!

ROMANCE DE LOS DOS SOLDADITOS.

Voy de paso, y á mi andar
 Sobre aquel cerro del *Grillo*,
 Miro con fulgente brillo
 Cual dos diamantes brillar.

Que á mi vista se aparecen
 Y reclaman mi memoria,
 Porque me dice la gloria:
 " No por pobres desmerecen."

Del jefe el alma esforzada
 Exaltábase en la accion;
 Mas sólo tiene un cañon
 Con la cureña quebrada.

Él en usarlo se empeña,
 Cuando gateando un soldado
 Se acerca, y dice esforzado:
 " Yo serviré de cureña."

Así el soldado sirvió,
Y el estrago fué fatal;
Pero el infeliz murió
Rota la espina dorsal.

Tomando más precaucion,
Otro soldado valiente
Dijó: "así ya es diferente;
Prended sobre mí el cañon."

El cañon estalló fuerte;
El soldado, agonizante,
Dijo . . . "¿qué tal? adelante,
Así me gusta la muerte."

Los guerreros, asombrados,
De su dolor dieron señas,
Llorando por las cureñas
Hechas de pobres soldados.

Pobres, sin lauros de honor,
Dejan de su gloria indicio;
Que marquen su sacrificio
Un recuerdo y una flor.

ROMANCE QUINTO DEL LIC. RAYON.

JUNTA DE ZITACUARO.

Anda Rayon taciturno,
Aunque la suerte indecisa
Unas veces llora adversa
Y otras muestra sus sonrisas.
"No es de entregar á los pueblos
"Sin temor ni retentiva,
"A los mares inconstantes
"De la revuelta anarquía."
Y así su alma discurriendo
En congojosa fatiga,
Ni con las propias victorias
Levanta el vuelo y se anima.
"Haya un Gobierno, tengamos
"Una mano que dirija;
"Levantemos una antorcha
"Que á todos sirva de guía

" Y muestre los precipicios
 " A los pueblos que nos sigan.
 " Surja el orden, que es cual faro
 " Que entre las tinieblas brilla,
 " Y que le señala el puerto
 " Al que en el mar se extravía."
 El bienhechor pensamiento
 A sus bravos comunica,
 Y la razon imperando,
 A los caudillos excita
 A que tenga voz y aliento
 La Junta gubernativa.
 Mariscales, coroneles,
 Se reunen con alegría
 En Zitácuaro la hermosa,
 La de empinadas colinas,
 La de levantados cerros
 Con inaccesibles cimas.
 Allí Ortiz, López y Vargas
 Garridos aparecian:
 Albarran el impasible;
 Serrano el de espada invicta;
 Liceaga el rico insurgente,
 Y Verduzco, que lucia
 En las aulas por lo sabio,
 Guerreando por su pericia.
 Propónese el pensamiento,
 Que encuentra ardiente acogida,

Y la reunion entusiasta
 Nombra la Junta en seguida.
 A Ignacio Rayon, Liceaga,
 Y á Verduzco se designa;
 Llevan papel y tintero,
 El acta contentos firman,
 Y se pueblan los espacios
 Con las dianas y los vivas.

La Historia, que esto miraba,
 Con indeficiente tinta,
 Agosto, ochocientos once
 Sobre su libro escribia.

ROMANCE DE ZITÁCUARO.

Rivales de los fantasmas,
Van cruzando las tinieblas
Por entre negros abismos
Las legiones de Calleja.
Al frente de su camino,
Todo obstáculos y quiebras,
A Zitácuaro la hermosa
Con ansiedad se sospecha,
El alcázar adorado
De la Santa Independencia,
El baluarte de los libres,
El Sinaí de la Imprenta,
El cielo en que resplandece
De la redencion la idea.
Calleja se acerca cauto,
De sangre su alma sedienta,

Como conteniendo el gozo
 Se acurruca la pantera
 Para saltar alevosa
 Sobre la insegura presa.
 La primera luz del año
 Que otros once apénas cuenta,
 Enfermiza va volando
 Por entre entoldadas nieblas
 De pronto el viento propicio
 Los horizontes despeja,
 Y los restos de celajes
 Blancos, que al sol reverberan,
 El ramaje de una palma
 Sobre los cielos remedan.
 "Victoria el cielo nos brinda,
 "Victoria," clama Calleja;
 Y la tropa del tirano,
 Fanatizada y contenta,
 "Avancen—grita con gozo,—
 "Porque la victoria es nuestra."
 Los patriotas entretanto
 Se aprestan á la defensa:
 Las chusmas desordenadas
 Se agrupan y se dispersan,
 Como cuando recias olas
 A los arrecifes llegan,
 Los embisten y los cubren
 Y en fracciones se revientan.

Las huestes desordenadas
 Con que los Rayones cuentan,
 En los momentos supremos
 Más estorban que pelean.
 Como en vasto anfiteatro
 Zitácuaro se presenta;
 En perspectiva las lomas,
 Surcada por fuertes quiebras;
 A su espalda hondas barrancas
 Y espeso bosque y maleza.
 Los soldados del tirano
 Ocupan las eminencias,
 Y ambos campos enemigos
 Se observan cual dos atletas
 Espiando sus movimientos
 Para aprovechar sus fuerzas.
 El camino *de Laureles*
 García Conde lo intercepta:
 Todo el *de San Juan el Viejo*
 Es del mando de Calleja.
 De pronto brotan tres grupos
 Del corazon de las fuerzas,
 Que se alinean y se tienden
 Como rabiosas culebras.
 Y amenazan frente y flancos
 Do los patriotas imperan,
 Es Castillo Bustamante
 El de las grandes proezas,

Fanático caballero,
 Y de una bravura extrema:
 Es Echagaray, mentado
 En otras lides sangrientas,
 Como el bravo entre los bravos,
 Como el invicto en la guerra,
 Y es Jalon que, aunque á las burlas
 Por lo nervioso se presta,
 Manda jefes esforzados
 Que á sus legiones alientan.
 Retumba el bronce tremendo,
 Gritan guerra las trompetas,
 Las chusmas braman venganza,
 Montes y valles retiemblan.
 La tropa que ardiente escala,
 La que desciende violenta,
 Chocan, se revuelven, forman
 Masa confusa y sangrienta,
 Que la multitud envuelve,
 Que los dragones degüellan,
 Que en sus vaivenes horribles
 Entrañas humanas riegan:
 En lo más encarnizado
 De la batalla tremenda,
 Sebrecogida de espanto
 La victoria está perpleja.
 Don Ramon Rayon lo mira,
 Alza á su alazan la rienda,

Y tremendo, incontenible,
 Así como se despeña
 De alta cima inmensa roca
 Que tala, arrasa y aterra
 Cuanto á su paso se opone,
 Do el choque es más recio llega
 Pero ¡oh dolor! su caballo
 Enloquecido tropieza
 Con un madero, y sus puntas
 Rompen su frente y su ceja,
 Y como dardo punzante
 Su ojo derecho revientan.
 Ciego, sangrando, la espada
 En la denodada diestra,
 Infunde espanto mirarle,
 La sangre en las venas hiela.
 "A ellos,"—García Conde clama,—
 "A ellos,"—repite Calleja,—
 Y de Casa Rul el Conde,
 Que estaba con las reservas,
 Y el Marqués de Guadalupe,
 Sobre los dispersos vuelan.
 Todo en el campo es espanto,
 Tremendo el pavor impera;
 Y la villa de los libres,
 Como matrona soberbia
 Pisoteada por los brutos,
 Devorada por las fieras,

Bella, herida, moribunda,
 Yace á los piés de Calleja
 Él contento, voluptuoso
 Mira convulsa á su presa,
 Y despues que en su tormento
 Detenido se recrea,
 Incendio, degüello, muerte,
 Ébrio de gozo decreta:
 "Que de este pueblo no quede
 "Una sobre de otra piedra,
 "Y que en monton de cenizas
 "Su hermosura se convierta,"
 Dijo: obedece la llama,
 Las paredes bambolean,
 Huyen enfermos y niños
 Dejando sangrientas huellas,
 Y Satanás, espantado,
 Recoge sus alas negras
 Y contempla con asombro
 Al impasible Calleja.

ROMANCE DEL TRIUNFO DE CALLEJA SOBRE ZITÁCUARO.

Gallardetes y cortinas,
 Flores, aroma de incienso,
 Y repiques de campanas
 Alegando están el viento.
 "¡Que viva el grande Calleja!
 —Grita entusiasmado el pueblo—
 "¡Viva nuestra Generala
 "La Vírgen de los Remedios!
 "Zitácuaro está vencido,
 "Rayon vaga por los cerros,
 "En tropel los insurgentes
 "Han bajado á los infiernos."
 Y la gente se agolpaba,
 Formando un mar á lo léjos
 Con fusiles y bagajes
 De Calleja y de su ejército.